

cerse en alabanzas del bien que mira. Esto es lo que tiene el alma que aprender toda su vida de aquellos maestros del amor puro, y comenzar por fe á hacer obras de amor que se hayan allá de continuar, *por ser Dios quien es*, sin tener otro interés más que darle gusto.

10. Éntre el alma un rato en cuenta y razón con su parte inferior la sensualidad y pregunte: para qué tanta tiranía y violencia, sobre que el alma su señora olvide este reino, esta gloria para que fué criada, no trate más que deleitar su carne, y engrandecer su nombre, y enriquecer su casa estos pocos años que tiene de vida; que, si es por huir afrentas, pobreza y dolores de la vida penitente, que mire que abraza los eternos, tan diferentes en todo á los que huye; si por tener descanso y gusto, que por esto mismo se había de privar ahora de los breves y pintados, para tener los que Dios tiene guardados á los que le aman; y, no pudiendo tener los unos y los otros, que es el im-

posible, que nuestro apetito irracional quisiera, dejemos ahora lo que se acaba en la muerte, por gozar de lo que dura eternamente.

CAPÍTULO II

Via iluminativa

SEMAMA SEGUNDA

Advertencia.

La luz que le viene al alma por este camino del Sol de justicia, Cristo, mirado con atención en los misterios de su vida mortal, es la que le dan nombre de camino; porque de estos misterios, como de signos celestiales, bajan á nuestro entendimiento influencias ocultas y luces claras que engendran las virtudes y dan la vida á nuestra alma. Ándase esta segunda vía en dos jornadas breves. La primera pasa por los ejemplos de la niñez de Cristo. La segunda por los pasos de su pasión y muerte.

En estas dos semanas, las ansias y peti-

ciones del alma han de ser las que continuamente pedía san Francisco: Señor, conócrame á mí, y conózcate á tí; porque con estos dos conocimientos se destierran todas las tinieblas del alma.

LUNES

MEDITACIÓN PRIMERA

DE LAS DOS BANDERAS ENEMIGAS

PUNTO PRIMERO

1. Despedidas las ignorancias en que vivía el alma de sus pecados y postrimerías, lo primero que mira en este nuevo mundo, á que Dios la saca, son dos naciones enemigas, hechas dos ejércitos, con sus dos príncipes, debajo de cuyas banderas de fuerza militan todos los nacidos; que ésa es nuestra vida: *Militia es vita hominis super terram*. Guerra, dice Job, es nuestra vida sobre la tierra. El un gene-

ral es *Cristo*, y el otro *Lucifer*. Habiendo, pues, de militar debajo de una de las dos banderas, para no errar en tan gran caso, se pone á reconocer despacio entre los dos campos, la suerte y calidades de los dos contrarios, la causa de la guerra, las obligaciones de una y otra milicia, las armas con que pelean, el sueldo que les pagan, los peligros en que se ponen y los triunfos que esperan.

2. Halla que el *Lucifer* es el dragón que se rebeló en el cielo contra Dios; é intentando, como temerario y atrevido, igualarse á su divinidad, fué vencido en el cielo; y vino á la tierra con ira y odio inmortal contra el Hijo de Dios, causa de su ruina, por no haberle querido adorar; y desde el principio del mundo está persuadiendo á los hombres ignorantes que sigan su soberbia, se entreguen á deleites carnales, adoren el interés. Este es el capitán general; ésta es la causa de la guerra; éste da las armas, y el sueldo un deleite sucio revuelto en un mar de hie-

les, una honra vana y breve; y el fin de todo es fuego eterno. Quien sigue esta bandera y persigue cuanto Cristo Señor nuestro ha enseñado y huye de ello como de locura, prisión y tormento, y aborrece los siervos de la cruz, y les da guerra cruel, es el mundo todo, que está, como dice san Juan, en las banderas de este maligno espíritu alistado: *Totus mundus in maligno positus est.*

3. Pondérese lo primero, con gran lástima, las almas sin número que los siguen, sin saber á quién, ni contra quién militan ni qué tormentos pasan ni qué descanso pierden ni á que penas se condenan, y, llorando ya de lástima de ellos, ya de agradecido de ser de la suerte de los justos, déle gracias al que sin merecerlo, casi por los cabellos, con infinito amor le trajo á sí.

4. Pondérese el sueldo del dragón, que ni él da honras ni deleites, que nada de esto es suyo, sino sólo el fuego del infierno, de que viste; y les hace creer á

los simples, que él les da honra y gustos; siendo ellos los que se los buscan á persuasión de esta serpiente, con inmensa costa y angustia, como los esclavos hebreos buscaban pajas y adobes para hacer casas á los gitanos.

PUNTO SEGUNDO

5. Cristo, capitán de los justos, nuestro natural señor, levantó la cruz en el Calvario contra los enemigos del alma, soberbia, avaricia y deleite; la causa de la guerra es llevarnos Lucifer á su reino con engaños y deleites, y querernos quitar el cielo por envidia. Un solo trabajo tiene, que es matar á nuestra enemiga la vida sensual; que, viendo su Majestad el amor loco que tenemos á la que nos desea con halagos la muerte eterna, dice que nos llama á cruz y á muerte hablando como nosotros entendemos; y, sabiendo que en la cruz está la palma, y en la muerte de las pasiones la vida, el sueldo es la buena conciencia, y el premio de la batalla, corona y descanso eterno.

6. Pondérese lo primero, las condiciones y calidades de nuestro general, que es Dios; y con tanto, no hay más que decir: ahí se dice su linda condición, su trato amoroso, su liberalidad, su valentía, que es cierta la victoria del soldado que pelea á su sombra: dichosa milicia, cuyo capitán no puede ser vencido, cuyos soldados siempre son vencedores; si ellos, como traidores, no se quieren pasar á las banderas enemigas para su confusión.

7. Pondérese lo segundo, el trato que hace á los soldados como á su misma persona, y no con tanto rigor; pues su Majestad llevó el peso de la guerra, entró primero en la batalla, dejó desarmado y desbaratado al enemigo; y esto tan solo y tan pobre, que ni para morir tuvo cama, ni ropa con que cubrirse, ni lienzo para mortaja, ni siete pies de tierra suyos para enterrarse; y á nosotros por unas naderías que hacemos en nuestro provecho contra nuestros enemigos la

carne y la soberbia, nos ofrece coronas de gloria, y nos la da con efecto; y con todo eso se entorpecen los corazones humanos, y se van sin entendimiento á bandadas al campo de su enemigo, despreciando al que los ha venido á rescatar de su tiranía.

PUNTO TERCERO

8. Los motivos que Nuestro Señor nos pone para que no nos vayamos á las banderas enemigas son fortísimos. El primero (1): El que no lleve su cruz, y viene en su seguimiento, dice, que no lo quiere conocer por suyo, que es el sumo de de los males; pues una criatura sin ser de Dios, ¿qué puede ser de bueno, aunque sean suyas el resto de las criaturas? El segundo (2): «El que me sigue no anda en tinieblas;» luego, no siguiéndole, como no le siguen, los hijos de este siglo,

(1) Qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non est me dignus.

(2) Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ, dicit Dominus.

andan todos ciegos, que es cosa triste; y piensan los desventurados que andan en gustos y grandezas, no dando oídos á la fe, que les enseña ser todo esto vanidad y mentira. Los hijos de la luz llevan su sol delante, y saben el fin dichoso y bienaventurado que los espera. El tercero (1): «¿Qué le importa al hombre enseñorearse del mundo, con todas sus honras, gustos y riquezas, si condena su alma,» que es la señora de casa, y para quien se ha hecho todo el universo, ó pena para siempre? El cuarto (2): «El Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, y dará á cada uno conforme á sus obras.» Dice, que después de todas sus jornadas han de ser los mundanos vencidos y muertos á manos de este supremo juez, con aquellas palabras: *Idos, malditos, al fuego eterno.*

9. Unos cristianos oyen esto y desean

(1) Quid prodest homini si mundum universum lucrétur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?

(2) Filius hominis venturus est in gloria Patris sui, et reddet unicuique juxta opera sua.

seguir á Cristo, mas nunca ponen los medios; otros ponen los medios que á ellos les parecen bastantes, no contrarios á su honra ni sensualidad: como no ponen los que Dios les manda, se pierden. Otros se rinden á la luz y la razón, y siguen á su capitán Jesús la cara descubierta, militando conforme á sus órdenes hasta morir por su rey.

10. De estos pocos he de procurar ser uno y pelear contra los enemigos de Dios, sin empacho de ser suyo, honrándome de seguir sus banderas, afrentándome de las insignias del bando enemigo, sus ambiciones, sus puestos, sus profanidades, sus lucimientos, finalmente, sus venganzas, sus torpezas, sus abominaciones, ídolos que adoran los hijos de la noche como esclavos viles de su afición.

MARTES

MEDITACIÓN II

DE LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y
ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

PUNTO PRIMERO

1. A darle cuenta de su consejo eterno, y pedirle su consentimiento á la Virgen nuestra señora, envió Dios al arcángel san Gabriel, uno de los grandes de su reino. Formó el Arcángel un cuerpo visible del aire, fué á Nazaret, entró antes de nacer el sol al oratorio donde la Virgen estaba contemplando aquello de Isaías: *Ecce Virgo concipiet et pariet, etc.* Mirad que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, etc. Y mirándola ya como á su reina, con tanta reverencia la saludó y con tan singulares palabras, que desconoció ella el trato familiar que solía tener

con los del cielo, y le dió temor y qué pensar. Díjole el Angel: *No temas, María, porque has hallado gracia en los ojos de Dios; verlo has, en que tendrás un hijo y le llamarás Jesús; salvará su pueblo; será grande, y tanto, que será hijo de Dios, mayorazgo de David y de Jacob, en cuya casa reinará para siempre.*

2. Lo primero, ponderaré el tiempo en que acordó el sumo Bien de hacernos el mayor de los beneficios: cuando el mundo menos le conocía, más le injuriaba, menos se acordaba de pedirlo ni merecerlo. Entre aquí nuestro tímido desconfiado corazón á conocer y abrazar una verdad que le importa mucho: *cuando su Majestad quiere hacer misericordia, nada le hace estorbo; eche aquí raíces el pensamiento; y andará la voluntad en medio de sus faltas y desmayos tan alentada, como quien sabe que para aquellas entrañas de amor son gotas de agua.*

3. Sólo le estorba nuestra desconfianza y la tibieza en pedirle é importunarle

día y noche; que motivo para hacernos bien, consigo se lo tiene, que es su misma bondad con inclinación infinita. De aquí comienza el alma á argüir: *Señor mío, si la misericordia no se retira por miserias, antes las busca para hacer empleo de su infinito caudal, ¿quién en el mundo más miserable que yo? ¿quién tan flojo, tan mal herido? etc.*

4. Pongárese lo segundo, el tiempo en que aguardó el Angel para darle la embajada: cuando retirada, meditando las palabras divinas. Estos ejercicios *de lección y oración*, toma Dios por arcaduces de sus mercedes y regalos y esta ley guardó su Majestad siempre. Conciba el alma un *grande aprecio de estos medios*, por donde corren desde el cielo los arroyos de la gracia; y repare por muchas experiencias con qué desvelos, marañas y ocupaciones procura Satanás como Holofernes *quebrarle á la ciudad de Dios los caños del agua viva*; y esfuércese á pelear contra él y tomar *estos medios del cielo con estabili-*

dad por la primera de sus ocupaciones, porque no torne la sed del agua sucia que se bebe en los sentidos.

5. Pongárese, lo tercero, cada palabra de las tres: *Llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres*; y con gozo de hijo, como si él hoy le trajera la embajada, se las diga.

PUNTO SEGUNDO

6. Quitole el Angel á la humilde reina la turbación y miedo que le había causado la alteza de la salutación, y preguntó: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* ¿Cómo se hará esto, que no conozco varón? Respondiolo que el Espíritu santo se encargaba del negocio y le haría sombra á su pureza, para que en su flor se hallase el fruto de la vida; y con el ejemplo de su prima vería que no es imposible á Dios ninguna cosa. Entonces dió el sí tan deseado, diciendo: *Aquí está la esclava del Señor: cúmplase en mí según tu palabra.* En aquella palabra *no temas*

María, ha de aprender el alma á entenderse con las hablas interiores. No pueden los demonios, aunque quieran, *darle al alma paz* cuando hablan, aunque hablen divinidades; ni Dios *quiere hablar jamás sino paz al alma, aunque la riña y reprenda faltas*, como está escrito (1): «Hablará Dios paz á su pueblo.» Y otra vez: «Yo tengo pensamientos de paz y no de aflicción.»

7. Pondérese qué bien recibe el cielo las preguntas del alma humilde, que no por escudriñar los secretos divinos ni por resistir la voluntad de Dios, sino para ejecutarla mejor, pregunta. De aquí he de aprender yo á no poner los ojos en otra cosa ni desear saber de Dios más de cómo y en qué podré cumplir su santísima voluntad.

8. Pondérese más el efecto que hacen las mercedes del cielo: cuando la persuaden en que quiera ser madre de Dios y

(1) Loquetur pacem ad plebem suam. Ego cogito cogitationes pacis, et non afflictionis.

reina de todas las criaturas, acuerda con *aquí está la esclava*; que bien conoció el Alba bella, que era echarla Dios *S y clavo* quererse servir de Ella para el mayor negocio que ha tenido el cielo. Esto hay que aprender aquí para muchos años: darnos por esclavos de su voluntad, ya que lo somos por tantas leyes; para que la divina voluntad, no halle en nada resistencia sino sumo gusto y suma admiración de que se digne Dios mandar á criatura tan vil, y suma confusión de que olvide tantos agravios y quiera echar su licor celestial en vaso tan sucio.

PUNTO TERCERO

9. En dando la Virgen su consentimiento, se fué el Angel; y el Verbo eterno se desposó con nuestra humanidad en el tálamo florido de *María*: fabricó de lo más puro de su sangre el Espíritu santo, á quien atribuyó el Angel esta obra, aunque efecto de la santísima Trinidad, un cuerpecito muy pequeño, pero muy per-

fecto; y crió una alma perfectísima y los unió entre sí, y con la segunda persona de la santísima Trinidad; de que resultó Dios hombre, Cristo Jesús, señor nuestro. En uniéndose al sér divino, lo llenó su divinidad de gracia y gloria; y el Espíritu santo atesoró en su pecho todos sus dones y riquezas. Vió en el mismo instante la divina esencia; y le fué dada elección, si quería cuerpo glorioso debido á su persona, ó mortal para redimirnos con él: escogió carne pasible por dar gusto á su padre, y sacarnos del estado de condenación, y para ir á ser hijos de Dios adoptivos.

10. Ponderar mucho cómo se humilló delante de su divinidad el alma de Cristo, viéndose escogida y levantada al trono; y hecha señora natural de todas las criaturas, hoy día está hundida en el abismo de su nada; y se tuvo por un gusano y el desecho de los hombres; y no es maravilla, que estaba llena de Dios, delante de quien todo lo criado parece lo que es; y á ese paso que van llegando á Dios, van

las criaturas todas deshaciéndose á sí mismas, porque Dios sea en ellas conocido y honrado. Por esto los hijos de la soberbia, como echados con ira de la cara de Dios, toda su sed es engrandecerse á sí, y no mirar por la gloria de Dios.

11. Pondérese el afecto ardentísimo con que nos amó luego que vió gusto en su padre de que nos redimiese y remediasse, determinando luego de derramar sangre, vida y honra, por sacarnos de la servidumbre en que estábamos del demonio.

12. Ponderar cuál estuvo aquellos nueve meses el relicario de María metido en su cerco de oro el *Agnus Dei* adorado de ángeles y hombres. ¡Cuán rica, cuán llena de luz y vestida del sol, adorada y deseada de todas las criaturas con mil actos de gozo y de acción de gracias, por verla elegida á la majestad de madre de Dios!

MIÉRCOLES

MEDITACIÓN III

DE LA VISITACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

PUNTO PRIMERO

1. Cierta la Virgen por la revelación del Angel del preñado de su prima, inspirada fortísimamente del Niño Dios que era el corazón de su alma (1), «levantándose María, fué á la montaña con priesa á darle el parabien,» santificar su casa, y justificar al niño Juan.

2. Pondérese, lo primero, cuánto más cuidado tiene Dios de nuestro remedio, que nosotros, y cuánto más priesa le da su amor que nuestros ruegos. Cuando su Majestad da luz para conocer algún rayo del infinito amor que nos tiene, se renueva el alma de manera que no parece la

(1) Exurgens Maria, abiit in montana cum festinatione.

que era antes, porque, como si hallará un tesoro, se ve llena de riqueza. *¡Qué Dios me tiene amor! ¡Qué le da cuidado mi necesidad y mi pobreza! ¡Qué bajara otra vez á padecer por mí, si no bastara el precio dado! ¡Qué temo? ¿De qué dudo? Cierta es mi salud ¡qué reparo en darle todo cuanto pide, pues no lo quiere para sí? ¡Qué no me ha menester, sino para mi bien!* Gran fuerza hace á un alma entendida el verse amada para amar, y dar cuanto tiene á quien le quiere bien.

3. Pondérese, lo segundo, la violencia de su amor ¡qué de cosas arrastra por hacernos bien! Ni repara en quebrar el recogimiento de su madre, ni en la delicadeza de aquella doncellita, ni la aspereza del camino, ni que era ya madre de Dios, Ella reina, y la prima criada. Aquí se puede anegar el pensamiento, si tuviese peso de razón, viendo los medios *que tomó Dios tan á su costa, por hacer bien á las almas, y en qué estima las tiene*, que nada se hace áspero, nada desautoridad, nada trabajo,

á trüeqe de hacerles bien; y esto es lo que le movió á un medio tan espantoso y ajeno de majestad, como fué quedarse por pan de las almas para su vida, su regalo y su consuelo.

4. Ponderar, lo tercero, en el recogimiento que la Virgen llevaba por los caminos; y cómo las ocupaciones que Dios da, cuando se toman por servir y obedecer á su Majestad, no estorban el recogimiento ni el deseo de agradar á Dios en ellas; pero, cuando tuerce el alma los ojos á algún interés ó deleite suyo, entonces anda turbia el agua, y el corazón turbado, inquieto, perdida la luz interior. Aquí miraré qué metida iba la Virgen con su niño; qué poca falta le hace nada á la que trae á Dios consigo; qué olvidada de todos los cuidados y gustos de acá la que gusta de los del cielo. Esta misma atención á Dios significó David, cuando dijo (1): «En los desiertos, descaminos

(1) In terra deserta, et in via, et in aquosa, sicut in Sancto apparui tibi.

y arenales te tuve, Señor, presente, como si estuviera en *Sancta Sanctorum*.»

PUNTO SEGUNDO

5. Entró en casa de la prima y saludóla. Sería la salutación: *Dios sea en tu casa*; porque ese fué el efecto que hizo: llenar de Dios á la madre y al niño Juan; y, en oyendo las palabras de la Virgen, dió un vuelco el niño Juan en las entrañas de su madre de placer, volviéndose á adorar al sol, que venía en la nube pura de María, y le había dado su luz y su gracia. Santa Isabel lo dijo todo, como lo había sentido, á Nuestra Señora; y, conociendo el misterio de la Encarnación, dijo con admiración (1): «¿De dónde á mí, que la Madre de mi señor venga á visitarme? Luego que sonaba tu voz en mis oídos, saltó el niño de placer en mis entrañas. Bienaventurada

(1) Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me? Ut enim facta est vox salutationis tuæ in auribus meis exultavit infans in utero meo. Beata, quæ credidisti, perficientur in te, etc.

Señora, que creiste, porque se cumplirá todo en tí.» Aquí hay muy regalados afectos. Para el día de la comunión guarde el afecto de santa Isabel, diciendo (1): «¿Y de dónde á mí, que venga el Señor Dios á mi pobre morada?» Tiene mucho qué admirarse el alma de que tan gran remedio tome Dios, como bajar glorioso del cielo á darle luz, y aliento y vida; y luego otra admiración de sí mismo, que no lo quiera ni estime ni se deje curar.

6. Otro afecto es desear, en especial cuando comulga, que la Virgen me prevenga con su salutación, arguyéndole con mil razones de que, no le costando más que hablar en esta mi pobre choza, estando yo tan pobre, pudiéndome enriquecer, habiéndome tomado por su esclavo, con otras que da el afecto interior, para moverla á que torne á decir: *Dios sea en esta casa; y mi espíritu, como san Juan, salte de placer.*

(1) Et unde hoc mihi, ut veniat Dominus meus ad me?

7. Otra es (1): «Bienaventurada, que creiste.» Viendo que á la fe de María se atribuyen tan altas mercedes, he de esforzar mi fe, y creer de la bondad de Nuestro Señor que me ha de sacar de este calabozo, donde estoy preso de tantos amores pueriles, que los conozco por vanos, y sin fin; y me ha de poner en la libertad y luz de sus hijos.

PUNTO TERCERO

8. Todo este punto ha de ser ir meditando los versos del *Magnificat*, despertando afectos amorosos para con Nuestra Señora, uniéndome por amor con ella, y engrandeciendo yo á Dios, por lo que en ella ha obrado el Espíritu santo; y en ese mismo afecto decir (2): «Y alegróse mi espíritu en Dios mi salud, porque miró la humildad de su esclava.» Y así correr los demás versos, que están llenos de dulzura.

(1) Beata, quæ credidisti.

(2) Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo, quia respexit humilitatem ancillæ suæ.